

EL ‘MÉTODO’ DE LA REFLEXIÓN COTIDIANA

CLAUDIA GUTIÉRRES OLIVARES

Universidad de Chile

calacello@hotmail.com

RESUMEN

Este escrito indaga sobre el ‘método’ de lo cotidiano, en la filosofía de la *Reflexión cotidiana* de Humberto Giannini. Se intenta mostrar, el lugar relevante del cuerpo en la dinámica de la reflexión, que caracteriza la condición de transeúnte de lo humano, y del despliegue del periplo vital en un mundo con los otros. Asimismo, y a la luz de la *Reflexión cotidiana*, se traza el trasfondo de la dictadura en Chile, como el acontecimiento de quiebre de la cotidianeidad y construcción de lo común, como ruptura del periplo vital que supone lo cotidiano.

PALABRAS CLAVE: cotidianeidad, corporalidad, reflexión, dictadura, desolación.

Quisiera partir evocando un pasaje del libro testimonial, *Camino en la oscuridad*, de Juan Casassus (2013), en el que se narra el *modus operandi* de la dictadura en Chile, sus métodos y técnicas de intervención en la vida de las personas, y que redundó en la instauración de una nueva “forma de cultura”:

Lo que (...) supe con claridad fue que en Chile se había instalado una nueva fuerza, que se expresaba en un nuevo poder, un nuevo contexto y una nueva cultura. (...) El poder militar y la prensa, la radio y la televisión, fueron los pilares de esta nueva manera de ver las cosas. Se instaló la arbitrariedad. Tomó la forma del abuso, el toque de queda, la quema de libros, la intervención de las universidades, el control de la información, las operaciones rastrillo y el uso de los estadios como campos de concentración, lo que provocó desconfianza, ensimismamiento (Casassus 2013, p. 24-25).

Mediante la instauración de esta “nueva cultura”, la dictadura se concentró en un primer tiempo en desdibujar la cotidianeidad de las personas, es decir en interrumpir sostenidamente el ritmo vital de cada uno. El toque de queda, la prohibición de reunirse más de tres personas, los allanamientos, el fin de la vida nocturna, el fin de la bohemia, del teatro, la intervención de las universidades, etc., rompieron la cadencia vital, la sumieron en la arbitrariedad, marcando de este modo la entrada a la espiral del ensimismamiento. Conminados a este ensimismamiento, se pervirtió el ritmo y la direccionalidad de la vida de las personas; en lugar de salir, lo que importaba era volver, y volver vivos, y practicar así una especie de retiro impuesto - que alimentado sin duda por el miedo - se vivía como una violencia nueva, ante todo silenciosa. Este tipo de violencia la podemos reconocer en otros autores, por ejemplo en Lévinas, para quien la violencia más profunda, en tiempos de guerra, sorprende por su estilo encubierto y menos vistoso, y aunque tenaz, para él la violencia no consiste tanto en saber que la muerte acecha, sino más bien en “ (...) interrumpir la continuidad de las personas; en hacerles representar papeles en los que no se reconocen; en hacerles traicionar no sólo sus compromisos, sino su propia sustancia; en hacerles llevar a cabo actos que destruirán toda posibilidad de actos” (Lévinas 2012, p.14). Y es que justamente, la violencia se hace patente en esta interrupción de lo cotidiano, en este quiebre del ritmo vital, y con él toda posibilidad de acción en el mundo, toda iniciativa que es siempre un accionar con otros.

Esta experiencia de quiebre profundo, es lo que Humberto Giannini llamará “desolación” (Giannini 2004, p.18), que sin duda es mucho más que ausencia de un otro; es la experiencia de un desierto a puerta cerrada, sin promesa de superación, sin horizonte, porque es la “privación” del encuentro con los otros que están eminentemente afuera en el

mundo, en la calle. Reducidos a una “convivencia desolada” (Giannini 2004, p.18), en dictadura las personas se quedaron sin mundo, sin los relieves de la vida callejera, sin el ajeteo, el jaleo y bullicio variopinto de la vida pública, sin la posibilidad de tejer la trama de la temporalidad de lo común.

Me resulta imposible no pensar que Giannini describe *La reflexión cotidiana* desde la experiencia del quiebre vital en dictadura, y que ante tal impacto su filosofía intenta justamente re-componer ese hilván roto que teje mi mundo con el mundo de los otros, mi domicilio con la calle, y que atravesado por la experiencia de las cosas, sostiene la “experiencia de un tiempo realmente común” (Giannini 2004, p.19). No es al azar, me parece, el declarado recurso al estilo diarístico al que alude Giannini (2004, p.17), y del que dice que es un elemento esencial de la filosofía, y en particular de *su* filosofía. Y es que lo diarístico le permite a Giannini no solo conjurar cualquier tentación de abstracción, sino además indicar así un criterio de lucidez filosófica, una dirección para el ejercicio de la filosofía, y que ha de reconocerse necesariamente como estando entramada en lo que explica, y situada en lo que la “complica” (Giannini 2004, p.17). Pablo Oyarzún denotará el estilo escritural de Giannini en términos de “ensayístico” (Oyarzun 2010, p.201), cuya especificidad puede bien estribar en un tipo de textura escritural “entrecortada” según la expresión de Oyarzún (2010, p.202). Esta manera entrecortada alude a algo así como a una escritura un poco a tuestas, a la manera de un texto de una entonación intermitente, que no cede a la tentación del tono tenido por académico, así continuo, pleno de sí, arrogante, indexado. Y es que justamente lo entrecortado garantiza la fidelidad a la experiencia, la que tendrá el poder de inmiscuirse en la cadencia propia de un texto, sea así ésta una experiencia terrible. “En su más alta forma, el ensayo es escritura pensante, pensamiento que (se) escribe. Su ritmo es entrecortado. Está determinado por la reiterada interrupción

del curso continuo de la reflexión. Lo interruptor es la experiencia” (Oyarzún 2010, p.202)
Si la tarea del filósofo es explicar (se), ella deviene así un quehacer sumamente complejo, y seguramente doloroso, pues se debe intentar develar el propio sustrato sobre el que se yergue toda filosofía, asumiendo así, como diría Levinas, el origen traumático por el que comienza el ejercicio del pensar (Lévinas 1982)

En las páginas de la *Reflexión cotidiana*, y de *La metafísica eres tú*, entre otros tantos textos, Humberto Giannini se ve implicado y complicado en lo que reflexiona; su reflexión sobre la vida humana se ve envuelta necesariamente por ese hilván roto, que Giannini asume y describe en los siguientes términos: “ (...) la experiencia del quiebre no solo institucional de la sociedad en que vivía, sino las formas más elementales de la existencia en común, de las relaciones públicas y privadas, y con ello, la distorsión hasta lo irreconocible de los hábitos cotidianos de convivencia. Me refiero al año 1973” (Giannini 2007, p.15)

La Reflexión cotidiana es pues lo que se rompió en la dictadura, consignando a las personas a cerrarse en lo de sí, a marginarse de lo público, instaurando según Giannini el tiempo de la desolación (2004, p.18). En la trama de muchos de los escritos de Giannini, será cuestión de recomponer el juego reflexivo de la existencia, su cotidianeidad, salir del ensimismamiento; re-trazar y aprender de nuevo la huella de un tiempo en común, en el que la intimidad subjetiva, necesaria para este trazado, no es nunca sinónimo de cerradura, sino más bien punto de entrada, espacial y temporal, hacia el horizonte del mundo y de los otros.

En este espíritu, y si atendemos al título de este escrito, puede resultar curioso plantear unas reflexiones acerca de la obra de Humberto Giannini, intentando rastrear un cierto método en la estructura de lo cotidiano. Más bien, y hablando de lo cotidiano que puede tornarse rutinario, pareciera ser que no hay nada más antagónico que buscar un

método o unos procedimientos, en el a veces lánguido hilo de lo cotidiano, en el que por aburrimiento, es decir por rutina, se anquilosa la vida como un pasar monótono donde en rigor, dirá Giannini, no pasa nada. ¿Cuál es el método de lo lánguido, lo aburrido, lo rutinario? Sin duda no hay método para sucumbir al tiempo flojo de los domingos; el secreto del desgano consiste en una experiencia sin ritmo ni pausa. ¿En qué sentido se puede entonces hablar de “método” de la reflexión cotidiana? ¿Cómo hablar de método allí en donde por definición *no pasa nada*? ¿Qué hemos de entender por método?

Recompongamos el hilo de lo cotidiano. En *La Metafísica eres tú*, Humberto Giannini refiere en términos de “ritmo circadiano” (Giannini 2007, p.17) la dinámica propia de la reflexión cotidiana, que traduce concretamente un movimiento, un desplazamiento, el que dibuja el ir y venir entre el domicilio y la calle, propio de lo humano, y también de los animales, indicando con ello, en particular, la cadencia espacio-temporal que articula lo cotidiano. La textura rítmico-temporal de esta reflexión, está sostenida por esos dos polos de tensión que gravitan en la constitución de la identidad misma del ser humano: la calle y el domicilio (Giannini 2004) Se trata de un ir y venir, de un desplazamiento constante entre la calle y el domicilio, y en la medida en que el ser humano recorre, transita, es fundamentalmente transeúnte, “viator” (Giannini 2007, p. 16). Una de las cuestiones que destaca en este *homo viator*, es que su transitar de un espacio a otro, dispone de un “método” (Giannini 2007, p.16). ¿En qué consiste el ‘método’ del *homo viator*?

Para responder a esta cuestión, quizás convenga adentrarnos en el término “reflexión”. De los sentidos del término “reflexión” (Giannini 2007, p.17), me interesa destacar el sentido “espacial” de éste, que indica, de entrada, la tensión estructurante entre reflexión y corporalidad. Bajo este respecto, la traza de la vida cotidiana en cuanto movimiento reflexivo espacial, apunta directamente a mi dimensión moviente, apunta a mi

cuerpo que trasciende en el mundo, que se mueve, que camina, el que a su turno, y aquí Giannini es husserliano y merleauPontiano, está a la base de la espacialización del mundo, de aquello que Giannini comprende como la “topografía de la vida cotidiana” (Giannini 2004, p.29). Esta dimensión reflexivo-espacial de lo cotidiano, define la existencia humana en términos de transeúnte, caminante, callejero, que nombra evidentemente a un ente de carne y hueso, que puede ser afectado en su corporalidad, que puede sentir hambre, sed, placer o dolor, y que se diferencia de otros entes justamente porque tiene un cuerpo. Su dignidad ontológica, su *diferencia* reside en su corporalidad moviente. En este sentido, la idea de “experiencia del pasar” (Giannini 2007, p.16), que está a la base de la vida cotidiana, es la indicación no solo de una experiencia temporal, si pensamos que el pasar evoca una idea de lo que fluye, sino además, nos parece, de la experiencia de un moverse y transitar, de un desplazarse que sería, a su vez, la condición de toda forma de reflexión y lucidez. El cuerpo le da espesor y continuidad a mi ser, y por ello Giannini nos invita a “pensar con el cuerpo” (2007, p.22). Lo que somos, hacemos y padecemos remite a “mi cuerpo en el mundo” (Giannini 2007, p.20). Bajo este respecto, la reflexión se determina como una experiencia, digamos, kinestésica del pasar, y que apunta a la experiencia del *Homo viator*, como un sujeto encarnado, que es transeúnte, peregrino, callejero, caminante, etc., que dibuja el espacio y el horizonte del mundo por donde él mismo transita a partir de una experiencia sintiente y moviente.

En cuanto transeúntes, el movimiento de la vida cotidiana se describe a la manera de una “odisea” (Giannini 2004, p.132), prefigurando así el carácter contingente de lo cotidiano, marcado por esta manera que tiene el mundo de presentarse como ritmando y *alterando* la propia vida. Lo relevante aquí es que esta alteración, este paso “a través de otra cosa” como señala Giannini, sólo es posible en el tránsito *circadiano*, que nos saca de la

intimidad de la morada para llevarnos a todas partes, a la calle, al trabajo, al cine, a la protesta, etc. En este tránsito se arma la vida de lo común. En este sentido, la “reflexión cotidiana” no es una tautología vacía, y es por esto que Paul Ricœur en el prefacio del texto *La reflexión cotidiana*, califica este movimiento de reflexión no como el simple repliegue sobre sí mismo, sino como la modalidad de un “*ser afectado por lo que pasa*” (Giannini 2004, XV).

Y si seguimos el hilo de este periplo circadiano, en el que somos afectados *por lo que pasa*, los pasos de Giannini nos encaminan hacia el bar, privilegiada “pausa” de la reflexión cotidiana, que marca un *topos* determinante en la búsqueda del tiempo en común, puesto que el tiempo que se gesta en el bar, es uno que puede “conmoverlo todo” (Giannini 2004, p.101). Como escribe nuestro autor: “Un examen de la vida cotidiana, no abstracto, no desde cualquier punto del mundo, sino desde aquí, desde la ciudad en la que el investigador vive, no debiera, en nuestro caso, pasar por alto esta posibilidad – el bar – que está a la orilla de su camino habitual de regreso cotidiano al tranquilo Sí mismo domiciliario. Y que puede conmoverlo todo” (Giannini 2004, p.101) Esta filosofía del bar siempre me ha parecido fascinante por su elemento conspirativo, que se funda en el surgimiento de una temporalidad particular, a contrapelo del tiempo oficial. En el bar se gesta una pausa etílica, capaz de engendrar unos tiempos marginales al tiempo íntimo de la morada, y de lo que pasa afuera; marginales al tiempo oficial del mundo, ensanchando la vida humana hacia unos bordes “*cualitativos*” (Giannini 2004, p.99), donde no cabe el tiempo objetivo, calculable, sino más bien el tiempo engendrado por la experiencia de lo común. “Conversarse tres botellas de vino - escribe Giannini - es, de un modo muy real expresar cualitativamente la temporalidad que se da en esa dimensión” (Giannini 2004, p.98). Es necesario aquí subrayar el carácter intersubjetivo de esta temporalidad díscola que

se abre en la intimidad del bar; en cuanto “*búsqueda de un tiempo común*” (Giannini 2004, p. 99) y a través de la comunión con otros, esta dimensión se condice con el relato de lo inconfesable, de los “sueños sofocados”, como si lo que pasara en el bar fuese algo así como la experiencia de un despertar. Convendría profundizar en el contenido de aquellos “sueños sofocados” que se confiesan solo en el bar, en la temporalidad que aquí se abre, y que se oponen a la temporalidad objetiva del mundo, y que Giannini califica como “ilusoria” (Giannini 2004, p.97). Cabe preguntarse entonces: ¿Es el tiempo del bar la premonición de un tiempo por venir? ¿Si el tiempo objetivo es ilusorio, acaso el tiempo del bar es el tiempo real? Los innumerables bares que fueron clausurados en época de dictadura confirman de facto que la temporalidad del bar se condice perfectamente con aquella de la subversión, y bajo este respecto ella podía ser la antesala de una realidad otra. El tiempo oficial se subvierte en tiempo de conspiración; y por ello los bares se hicieron clandestinos. Es así como en los años 80 nació el famoso bar “El Rincón de los canallas”, que debe su nombre a Pinochet, para quién canalla era todo aquel que pensaba distinto a él. Canallas eran entonces los que subvertían el tiempo oficial del toque de queda, y pasaban la noche conspirando contra este tiempo. De alguna manera, los canallas hacían de la clandestinidad del bar un método de sobrevivencia. Pero hubo otros tiempos en que los bares eran lugares en que se celebraba la vida, y en el que hasta la muerte pasaba a tomar sus copas. Es el caso del Bar *Il Bosco* ubicado antiguamente en la Alameda, y que hoy no existe más, que fue el lugar de acogida para numerosas generaciones de la más estricta bohemia. Según cuenta la historia, el bar

(...) estaba abierto durante toda la noche y ahí paraban periodistas, escritores, noctámbulos, bailarinas y cómicos de cabarets, trabajadoras de la noche y hasta maleantes. Hernán Millas recuerda que un amanecer de julio de 1965 llegó hasta *Il Bosco* un carro funerario. Los deudos

bajaron el ataúd y pidieron permiso para entrar en el local. Explicaron que el difunto era don Alberto Mandiola, cliente del bar desde que éste se inauguró, en 1947. Sus familiares y amigos querían pasar a tomar una copa con él, antes de irlo a dejar al cementerio (Darío Osés, 2005).

Pero como tantos otros bares, *Il Bosco* no resistió a los largos años con toque de queda, en que la bohemia entró en receso obligado, y terminó por esfumarse en la noche santiaguina.

En la estructura cotidiana, el paso por el bar dice relación con la búsqueda de un tiempo en común, en el que se congregan los tiempos dispersos de las subjetividades andariegas, pero al precio, subraya Giannini de una “transgresión” (Giannini 2004, p.101), y que traduce el intento por “sacar fuera, hacer común esa intimidad que sofocada nos arrincona en el mundo como una colección de soledades afanadas” (Giannini 2004, p.101). Sacar fuera, salir de sí, trascender hacia lo otro, requiere efectivamente moverse hacia lo otro. Todo pasa como si mi ser-en-el mundo se actualizara a partir de la punta de mis pies, como si mis piernas y mi corporalidad toda fuera potencia de mundo. Bajo este respecto, y para terminar, la reflexión cotidiana en su sentido espacial es de suma relevancia para la comprensión de este otro sentido de la reflexión, la reflexión social, de la cual el bar, según hemos visto, es un *topos* relevante. Encontrarse con otros no es una declaración abstracta, ella supone efectivamente salir del ámbito privado, moverse desde lo de sí y salir a lo del otro. Por ello Giannini podrá decir: “El impulso primordial de la vida, en general – del animal y la humana – tiene una dirección centrífuga: es impulso hacia lo otro y hacia el otro” (Giannini 2004, p. 69). Giannini sabía de esto, de visitar a los amigos, de caminar por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, para asegurarse unos encuentros y saludar a todo el mundo; sabía de vivir profundamente el cultivo de la amistad como un ejercicio consciente y necesario, sabía de “conversarse una botella de vino”. Y es que todo

ente, dirá Gianni, “está en deuda de ser” (Gianni 2007, p.56), lo que significa que todo ente depende de otro ser, en el sentido que, en el vínculo con otros se opera “un continuo traspaso de ser” (Gianni 2007, p.56), es decir, un dar y recibir. ¿Qué es lo que se da y se recibe? Nuestro horizonte de ser, habríamos de responder, pues los otros me ofrecen “mis propias posibilidades de ser” (Gianni 2007, 58), es decir mi anchura y profundidad existencial. Pero esta condición de mi ser que detienen los otros respecto a mí, esta dependencia ontológica, es al mismo tiempo la fuente de mi fragilidad extrema que es en lo que finalmente redonda, me parece, la contingencia de lo humano. En efecto, cuando la vida cotidiana es suspendida, interrumpida, nuestra dependencia ontológica muta en extrema vulnerabilidad, quedamos desolados, desvinculados del mundo y de los otros, nos ensimismamos y al mismo tiempo quedamos expuestos. En dictadura éste fue el método, el de arrinconarnos a una existencia *sin mundo*, sin rutas que emprender, expuestos a la arbitrariedad. Con Gianni hemos aprendido, digamos, el valor eminentemente subversivo de lo humano, toda vez que somos *homo viator*, en el que nuestro andar nos revela el método de la reflexión cotidiana, que consistiría en plantear la lucidez y el sentido de la vida como algo que descubro en la suela de mis zapatos.

BIBLIOGRAFIA

Casassus Juan (2013), *Camino en la oscuridad*. Santiago: Debate.

Gianni Humberto (2007), *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*. Santiago: Catalonia.

Gianni Humberto (2004), *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago: Editorial Universitaria.

- Giannini Humberto (1981), *Desde las palabras*. Santiago: Nueva Universidad
- Gutiérrez Claudia (2010) “El sentido de la pausa en el pensamiento de Humberto Giannini”, en Sánchez /Aguirre eds., *Humberto Giannini: filósofo de lo cotidiano*. Santiago: LOM; pp.141-149
- Lévinas Emmanuel (1982) *Éthique et Infini*. France: Le livre de Poche.
- Oses Darío, “Bares, restaurantes y cafés” [en línea], enero 2005, disponible en [http://www.nuestro.cl/opinion/columnas/oses_restaurantes7.htm]
- Oyarzun Pablo (2010), “Metafísica y redención” en, Sánchez /Aguirre eds., *Humberto Giannini: filósofo de lo cotidiano*. Santiago: LOM; pp.201-211